

A las seis en punto abrió los ojos, aunque ya estaba despierto. En realidad Frank no había dormido en toda la noche, y no era la primera vez. Ya había perdido la cuenta de las noches que llevaba sin pegar ojo. Horas muertas en las que el tiempo parecía estirarse como un chicle blando al calor del verano.

Comienzo de la rutina. Se levantó de la cama y echó un vistazo a la mujer que dormía con él. Era Lucía, rubia, cuarentona, algo entrada en carnes aunque aún conservaba cierto equilibrio en sus curvas. Donde no había equilibrio era en su relación. Hasta donde su memoria alcanzaba, su mujer pasaba de él como de la mierda. Prácticamente ni le miraba.

Frank se quedó un ratito allí de pie, mirando a su esposa, quizá con la esperanza de que despertara y le obsequiara con un buenos días. Carraspeó suavemente, una, dos, tres veces, sin éxito. Fue entonces a mirar a la ventana, a ver qué tal día hacía. Como se temía, el cielo estaba gris y frío, como su ánimo. Escuchó ruido detrás de él, su mujer se había despertado. Estaba incorporada en la cama, mirando hacia la ventana.

- Buenos días -dijo Frank.

Lucía no respondió. De hecho, actuó como si no le hubiera visto. Siguió mirando hacia la ventana unos segundos, hasta que decidió levantarse e ir hacia el baño. Una vez más ignoró completamente a su marido. Frank la siguió hacia el baño. Pudo hacerlo porque ella ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. La pudo ver mientras se quitaba el camisón y las braguitas, y se metía debajo de la ducha.

- ¿Qué tal has dormido? -preguntó Frank.

El silencio y la total indiferencia fueron su respuesta. Ante el escaso éxito cosechado con su mujer, decidió ir a ver a las gemelas que dormían en otra habitación. Entró con cuidado, procurando no hacer ruido con la puerta. Las niñas aún dormían, quedaba un buen rato para que despertaran para ir al colegio. A sus 7 añitos, en sus angelicales rostros reflejaban la tranquilidad del que duerme sin preocupaciones aparentes. Se acercó a una de ellas -Carolina-, y le subió la manta hasta el cuello. Un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de la niña, como si una corriente de aire frío hubiera entrado en la habitación. Se acercó a la otra niña -Marta- que se revolvía inquieta en su camita, quizá ante un vínculo inconsciente con su hermana. Se puso de rodillas a su lado y susurró su nombre dulcemente, para tranquilizarla. Sin embargo la niña no dejaba de removerse inquieta, así que decidió dejarla tranquila.

Se le había ido el santo al cielo y ya era hora de ir al trabajo. Su mujer seguía en el baño -una ducha demasiado larga para ser considerada normal- así que salió sin despedirse. Prescindió del ascensor y bajó por las escaleras. Nunca le había hecho ascos al ejercicio

físico, aunque fuera a primera hora de la mañana. Al llegar al rellano de entrada del edificio se topó con la asistenta que fregaba el suelo.

- Buenos días Margarita, perdón por pisarle lo fregado -saludó Frank.

Margarita no le respondió, se limitó a seguir fregando mientras canturreaba algo en voz baja. Al pasar Frank levantó la cabeza y olfateó el aire, mirando a un lado y a otro, pero no dijo nada y siguió fregando. A Frank le extrañó un poco su comportamiento, normalmente la asistenta era un volcán de simpatía y locuacidad, pero no le dio mayor importancia y salió del edificio.

Las nubes parecían haber perdido ese día la batalla contra todo pronóstico y el sol reinaba triunfante en el cielo despejado. Hacía tan buen día que Frank decidió ir al curro andando y prescindir del habitual autobús. El banco donde trabajaba no quedaba demasiado lejos y como tenía tiempo podía permitirse el lujo de ir tranquilamente dando un paseo, disfrutando del caminar. Como suele decirse, quien mueve las piernas, mueve el corazón. Se cruzó con muchas personas, todas atareadas, con prisa, ninguna le prestó la más mínima atención, y pensó que vivimos en tiempos extraños, difíciles, donde los seres humanos nos movemos a veces demasiado deprisa pensando sólo en cumplir los objetivos, en llegar a donde debemos llegar, sin disfrutar del camino.

Al llegar al banco se quedó en la puerta. A través de las amplias y limpias cristaleras pudo ver que llegaba tarde. Sus compañeras ya estaban atareadas. Ana, una regordeta de pelo castaño y anticuadas gafas de pasta atendía a unos clientes en su mesa. Tras el mostrador y el cristal de seguridad estaba Irene, una rubita demasiado delgada -casi anoréxica- de movimientos bruscos y rápido hablar.

La sucursal era grande, había espacio para al menos 2 o 3 mesas más. Sin embargo, lo que había era... plantas. Macetas. Y además de plástico. Fue entonces cuando Frank recordó que, en realidad, ya no trabajaba allí. Recordó los números rojos. Los largos días sin que casi nadie entrara en la oficina. Y los pocos que entraban lo hacían para pedir dinero, no para invertirlo. Y recordó el ERE. Mirando a sus antiguas compañeras, y mirando las macetas, llegó a la demoledora conclusión de que le habían sustituido por una planta, de que sus servicios ya no eran necesarios, después de casi 9 años de duro trabajo y un montón de horas extras -sin pagar, claro-.

Dio media vuelta y echó a andar. Notaba algo dentro, como un nudo en el estómago, pero era más sutil, más espiritual. Decidió seguir con su paseo, confiado en que el movimiento de las piernas ayudara a digerir el disgusto y la terrible opresión que sentía dentro.

De esa forma llegó a uno de los sitios más emblemáticos y conocidos de la ciudad. Un enorme puente de estilo moderno que conectaba el centro con una de las entradas de la urbe. Era ancho, tres carriles de calzada para cada sentido, y sus correspondientes aceras para peatones. Por una de ellas deambuló Frank, dejándose llevar por sus pasos, hasta que llegó a la mitad del puente, y su punto más alto respecto al lejano suelo. Miró hacia abajo. Eran unos cuarenta metros de caída.

Y allí permaneció un buen rato, embobado, mirando hacia el abismo, sintiendo tal atracción que parecía que además de contemplar el abismo, el abismo también le contemplaba a él. Y en un momento, apenas lo que dura un parpadeo, sintió que el abismo era un espejo y ahí en el fondo estaba él. Parpadeó con la esperanza de que la ilusión se desvaneciera, pero no fue así. Seguía viéndose a sí mismo en el fondo, aunque no era realmente como un espejo, pues no se veía tal y como estaba, apoyado en una barandilla mirando hacia abajo. Se veía tirado en el suelo, en una postura imposible, las extremidades extendidas en ángulos grotescos y la cabeza abierta medio sumergida en un mar de sangre.

Parpadeó y esta vez la imagen sí desapareció. Ahí abajo sólo había cemento.

Con el espíritu desasosegado decidió regresar a casa. No fue directamente, dejó que sus pasos le llevaran por donde quisieran, vagando por la ciudad, recorriendo las mismas calles una y otra vez. Le consolaba especialmente meterse por las calles más concurridas, como si la presencia de gente alrededor calmara su ánimo, como si el calor humano le alimentara de alguna forma.

Ya era de noche cuando llegó a casa. Lucía estaba sola en el salón, cenando tarde, como a ella le gustaba. Un plato de arroz tres delicias recalentado en el microondas y un vaso de leche tibia. Las niñas debían estar ya acostadas. Frank entró y se puso justo enfrente de ella, obstaculizándole la visión de la tele y así provocar que, al menos, ella le dirigiera la mirada. Sin embargo, ni aun así consiguió que su mujer reaccionara. Siguió mirando la tele, ignorándole, como si su mirada le atravesara.

Frank se acercó entonces a ella, despacio. Y vio entonces que estaba sollozando, a pesar de que en la tele ponían una telecomedia de humor. Se puso justo a su lado, de rodillas, y Lucía tuvo una especie de espasmo, de temblor, como si súbitamente una corriente de aire frío hubiera atravesado el salón. Y fue en esa postura cuando Frank se dio cuenta de que su mujer no lloraba mirando a la tele. Miraba a otra cosa, un extraño objeto negro, cilíndrico, que estaba en una mesita junto al televisor.

Frank no recordaba qué era eso. Le gustaba el tema del interiorismo, y había colaborado en la decoración del hogar, y en la elección de todos los adornos y accesorios. Y esa cosa negra, de aspecto brillante y suave, no recordaba haberla visto nunca. Se acercó y

pudo ver lo que realmente era: una urna.

A un lado, una foto de ellos cuatro, un momento feliz imposible de olvidar. Al otro lado, una foto de Frank, luciendo una gran sonrisa, y una inscripción

FRANK, ESPOSO Y PADRE EJEMPLAR. TU ESPOSA E HIJAS NO TE OLVIDAN

Unas horas después, de nuevo tumbado en la cama junto a su esposa, los largas horas sin sentido adormeciéndole el alma. A las seis en punto abrió los ojos aunque, por supuesto, no había dormido nada en toda la noche.